



## Reseña

Ballarín Domingo, Pilar (2024). *Cruzando fronteras. Mujeres en la Universidad de Granada 1900-1936*. Granada: Editorial Universidad de Granada

Ana María Iglesias Galdo

Recibido: 31/10/2025

Aceptado: 16/01/2026

“La presencia de las mujeres, como estudiantes de licenciatura en la Universidad de Granada, al igual que en el conjunto del Estado español, cuenta con poco más de 100 años. Abrir una puerta cerrada durante siglos fue una ardua tarea para aquellas que, en las últimas décadas del siglo XIX, la forzaron de forma persistente (...) Su irrupción supuso lo que podemos considerar una revolución inesperada en una institución clave del patriarcado desde sus orígenes, la de legitimación del conocimiento”.

La profesora Pilar Ballarín Domingo forma parte del grupo de investigadoras que, en la década de los 80, configuraron un movimiento de compromiso colectivo con la transformación del conocimiento académico, androcéntrico, sesgado y ajeno a las preguntas, intereses, aspiraciones y necesidades de las mujeres. Conocido como feminismo académico y con la denominación de Estudios de las Mujeres, buscaban respuestas a la ausencia histórica de las mujeres de los centros de producción del conocimiento, llamando la atención sobre las graves consecuencias de que la experiencia de las mujeres no hubiera formado parte del conocimiento construido que se presentaba como universal,

**Ana Iglesias Galdo** es profesora del área de Teoría e Historia de la Educación (departamento de Pedagogía y Didáctica) en la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidade da Coruña donde imparte, entre otras, la materia de carácter obligatorio “Género, Igualdad y Educación”, en el Grado en Educación social. ORCID: 0000-0001-7297-5614.

**Cómo citar este artículo:** Iglesias Galdo, Ana María (2026). Reseña: Ballarín Domingo, Pilar (2024). *Cruzando fronteras. Mujeres en la Universidad de Granada 1900-1936*. Granada: Editorial Universidad de Granada. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 11(1), 2-11. doi: <https://dx.doi.org/10.17979/arief.2026.11.1.12698>

como ella tiene explicado con rotunda claridad.

En el caso de la presenta investigación, resulta evidente ya en el propio título – maravillosa la foto seleccionada para la portada-, su intención de seguir contribuyendo al conocimiento sobre las mujeres universitarias desde los presupuestos teóricos del feminismo, insertando la historia propia de esas primeras universitarias en los procesos históricos globales. Preguntándose por nuestras predecesoras, rastreando su genealogía en el Archivo de la Universidad de Granada durante más de tres años “tantas horas que ya no recuerda si hacía algo más” y, con la emoción de quien descubre secretos todos los días, sabe que está haciendo historia: “Sabemos que porque fueron somos y porque somos serán”.

Durante la lectura de la obra queda al descubierto el laborioso y agudo trabajo que la sostiene. Rescatar de la sombra a las mujeres que por primera vez llegaron a su Universidad, identificarlas y ponerles nombre, le/nos permite revivir en primera persona el esfuerzo y tenacidad de estas predecesoras. Pilar Ballarín rastrea entre miles de nombres en todos los libros de matrícula Oficial y No Oficial, de cada una de las Facultades de Farmacia, Medicina, Filosofía y Letras, Ciencias y Derecho, año tras año, de los cursos de 1900 a 1936. Pone así nombre a 484 estudiantes, lo que permitirá la localización de sus expedientes: “Tedioso y emocionante encontrar algunas ‘Srta.’ entre cientos de ‘D’ aunque no todos los escribanos lo señalaban”.

Describir con rigurosidad y precisión, tanto el contexto sociopolítico como la enmarañada y cambiante normativa del período abordado; identificar y analizar las estadísticas incompletas, registros manuscritos con diversas grafías y transportados de un documento a otro como libros de matrícula, fichas o

expedientes académicos que, ofreciendo en ocasiones información variada y en otras muy escasas, le exigió a la investigadora adoptar nuevos enfoques y metodologías de análisis para alcanzar su propósito.

Sólo un trabajo humano, especializado, experto, tenaz, solvente y, al tiempo humilde e imaginativo, de la talla de la catedrática de historia de la educación, podría abordar una investigación como la que aquí se presenta que, sin duda, será de referencia indiscutible en este campo de conocimiento.

Dividido el libro en dos partes, la primera presenta a estas universitarias como un colectivo en plural, aunque también desvele sus nombres y singularidades. En la segunda parte se recogen las protagonistas en singular, con una nómina individualizada de todas las mujeres que estudiaron en la universidad de Granada en el periodo anunciado. En palabras de Cándida Martínez, autora del prólogo: “El resultado es brillante, te atrapa” y, yo no puedo estar más de acuerdo.

Para situar la lenta y poco favorable llegada de las mujeres a las aulas, esto es, “El camino a la Universidad”, en el primer capítulo dibuja su recorrido educativo de 1857 a 1900. Empieza describiendo una sociedad escasamente alfabetizada, con poca clase media, con una normativa que limitaba inicialmente el acceso de las mujeres al bachiller, a la Universidad y a ciertas profesiones, insistiendo en su menor capacidad intelectual. Continúa recogiendo las nuevas ideas sobre la educación y profesionalización de las mujeres, el creciente protagonismo de las mujeres de la burguesía urbana, la reivindicación de los derechos civiles y políticos que las llevaron a buscar fórmulas organizativas para conseguirlos, en un contexto donde el feminismo iba también calando y que daría lugar a la conocida como Edad de Plata de la

cultura. Por último, la desolación y el dramático contexto del golpe militar y la Guerra civil.

Llamando la atención sobre la ceguera de género sufrida en los relatos sobre la Historia de las Universidades, por quienes han venido considerándose incuestionables protagonistas del origen de los conocimientos, en el segundo capítulo realiza una aguda síntesis sobre “El impulso historiográfico sobre Mujeres universitarias de las últimas décadas”. Tras identificar los trabajos pioneros de los años 60 y 70, destaca el crecimiento de este tipo de trabajos en los noventa que, bajo los Estudios de las Mujeres (EEMM), Feministas y de Género, se desarrollarán desde la Historia de la Educación, de la Ciencia y de la Medicina, marcando los principales nichos de la producción científica y abriéndose una década más tarde a cuestiones emergentes que exigirían una mayor multidisciplinariedad.

Considerando el compromiso de localizar a nuestras predecesoras como “una tarea urgente, exigente, inevitable y muy emocionante” y, sabiendo que exigiría un ejercicio laborioso de búsqueda archivística, en este caso en el Archivo de la Universidad de Granada, decide acometerlo entrando en “Las entrañas de la Universidad”, como denominó al tercer capítulo. Aunque “es difícil buscar lo que no existe”, la profesora Ballarín, lejos de conformarse con atajos o darse por vencida cuando una información se hace dudosa o no aparece, consigue poner nombre a las 484 estudiantes y, en lo posible, va rescatando los datos sobre lugar de nacimiento, profesión del padre y madre, y otros datos familiares que, en ocasiones, puede contrastar y completar con fuentes secundarias: “Datos que nos permitirían dotar de ‘vida’ a los números e hilar retazos que en conjunto nos dieran razón de quienes eran aquellas mujeres que habían

comenzado a cruzar fronteras y cambiar un férreo orden patriarcal”.

En el capítulo cuarto: “Los números de una irrupción silenciosa”, vemos expedientes, fichas, orlas, cuadros estadísticos elaborados a partir de diferentes fuentes, recortes de prensa sobre casos concretos de brillantes universitarias que avalaban la capacidad intelectual de las mujeres, retratos, fotos en grupo paseando o con pose académico, un mapa situando sus orígenes geográficos... La investigadora consigue mostrar, en todo su alcance, el trabajo de elaboración propia de los datos aportando, tanto la evolución numérica del proceso, como corrigiendo la opacidad que las estadísticas acostumbran a producir, esto es, dotar de vida a las protagonistas.

A la lenta incorporación en las aulas de las primeras a finales del siglo XIX, le sigue el crecimiento del primer tercio del siglo XX: Sin estudiantes de nueva matrícula en la primera década del s XX (1900-1909). Las primeras que no pidieron permiso (1910-1919). Las que dejaron de ser una anécdota (1920-1929). Las que vieron sus proyectos truncados (1930-36). Todas abrieron un camino que no habían transitado: “Sólo tenían que empujar la puerta-¡nada menos! Porque la puerta de la Universidad nunca estuvo cerrada. No estaba cerrada porque era tan natural que no era sitio para mujeres que no se preocuparon de establecer una prohibición” y, el problema era aún mayor cuando se quería entrar para estudiar las mismas cosas que los hombres y en el mismo lugar que ellos: “Ocupar un espacio habitado por los varones suponía una transgresión física y simbólica porque mostraba públicamente que se arrebatava algo a quienes se consideraban sus propietarios legítimos”.

De “Las protagonistas ocultas tras los números” se ocupa el capítulo quinto:

¿Quiénes eran? ¿Cuándo llegaron? ¿Por qué querían estudiar? ¿De dónde procedían? ¿Cuál era su origen social? ¿Dónde se alojaron? ¿Cómo se enfrentaron a una vida en la universidad pensada por y para los hombres? Analizar a estas universitarias como colectivo, que compartieron tiempo y lugar, formas de vida, compromisos, problemas e ideas, aporta claves fundamentales para entender qué efectos tuvieron en el canon patriarcal del momento.

A medida que nos adentramos en la lectura, tomamos conciencia de cómo la mirada adoptada por nuestra investigadora permite arrojar luz sobre asuntos que con frecuencia no son considerados significativos: sus hogares de procedencia, los motivos que las lleva a realizar su matrícula en la modalidad Oficial o en la No-oficial -que suponía asistir o no a las aulas-, realizar un traslado interuniversitario o cambiar de carrera en la misma Universidad. También nos permite ver los intereses y el empeño que lleva a estas jóvenes a estudiar, su voluntad, tenacidad y valor para ir esquivando todo tipo de obstáculos: “Querían estudiar para saber, para poder ejercer una profesión y obtener mayor autonomía. La mayoría de ellas obtuvieron excelentes resultados en sus estudios”.

Además de constatar el empeño individual, Ballarín enfoca a los colectivos que las apoyaban, esto es, al profesorado que las acogió: intelectuales de la ILE, de los sectores del republicanismo, del movimiento obrero ilustrado y también de las voces feministas que, desde hacía tiempo, reclamaban sus derechos a través de organizaciones de prensa y publicaciones de todo tipo.

Dividido en cinco apartados, uno por cada una de las Facultades existentes:

Farmacia, Medicina, Filosofía y Letras, Ciencias y Derecho, el sexto capítulo se ocupa de Su presencia y vida en las Facultades granadinas. Tras los números de mujeres matriculadas y licenciadas en cada una, vamos conociendo a todas las que en algún momento cursaron estudios: “Nombrar a todas las estudiantes de licenciatura de cada una de las Facultades puede resultar tedioso, pero escribir aquí sus nombres es rescatarlas del olvido y reconocerles que ocupan un lugar en nuestra historia. Las que se licenciaron, las que transitaron por las aulas en algún momento o se matricularon, las que vieron sus carreras truncadas, constituyen un amplio y muy variado colectivo difícil de ordenar de forma homogénea en la exposición de cada Facultad. Hemos procurado identificar, en cada licenciatura, algunas de sus posibilidades de incorporación profesional”.

La llegada de las mujeres a las distintas licenciaturas fue acompañada de discursos que, buscando mantener inalterables los papeles de género, tuvieron efectos diversos en su grado de incorporación a cada uno de los campos de conocimiento. Desde la primera Facultad que las recibió y que destacará a lo largo de todo el periodo como la más concurrida, hasta la que mantuvo vedado el ejercicio libre de la profesión hasta 1921, o aquella que, mostrándose como uno de las más reactivas, fue la que incorporó a algunas licenciadas; estudios con un número muy reducido derivado de dificultades socioeconómicas y escasas opciones profesionales para las mujeres, o de otros que crecieron sustancialmente debido a un cambio de normativa sobre la validez de los títulos obtenidos por ellas.

Al ser cada vez más numerosas se hizo evidente que su talento era habitual y mayoritario, como repetidamente comprobamos en este trabajo: Las primeras licenciadas. La primera doctora. La primera mujer en formar parte del Colegio

profesional. Premio extraordinario de licenciatura. Premio extraordinario en ambas licenciaturas. Las únicas que cursaron sus estudios como alumnas oficiales hasta su licenciatura. La primera profesora en la Universidad de Granada. La mayor hostilidad se mantuvo en el acceso a la docencia en la universidad, tal y como reflexiona la profesora Ballarín en el breve e interesante Epílogo: “Así fue que, aunque muchas ocuparon las aulas, muy pocas pisaron ‘la tarima’. De las trece mujeres –todas ellas con brillantes expedientes– que asumieron algún tipo de encargo docente sólo dos permanecieron en la docencia universitaria, Joaquina Eguaras Ibáñez y María del Carmen Villanueva Rico, ambas en Filosofía y Letras. El resto, una fue depurada y las otras buscaron mayor autonomía en otras actividades tras su breve colaboración en la docencia universitaria. No hay duda de que abrieron uno de los caminos de mayor resistencia cuyo ‘techo de cristal’ se proyecta hasta aquí”. Sólo así se entiende que hubiera que esperar más de cinco décadas para que empezaran a llegar las primeras decanas: Facultad de Farmacia en 1989, Facultad de Filosofía y Letras en 1990, Facultad de Medicina en 2016, Facultad de Ciencias también en 2016. A una Decana en la Facultad de Derecho “todavía se le espera”.

Sabemos que las mujeres universitarias que aparecen en estas páginas formaba un grupo de élite, como correspondía a la Universidad de esos años, pero esta investigación demuestra como “su estatus no las liberó de la discriminación por el hecho de ser mujeres y, entre todas, aunque fueran una minoría, buscando el apoyo mutuo para persistir en su empeño, con persistencia y voluntad cruzaron muchas fronteras y lograron, primero, cambiar las leyes y con su excelencia académica, después, rompieron prejuicios y cambiaron costumbres, esto es, consiguieron comenzar a ocupar la universidad”.



“Las protagonistas en singular”, título de la segunda parte, es considerada por la investigadora el motivo principal de la obra: “Emprender un camino que permita sacar de la sombra a muchas que en ocasiones -aunque con las mejores intenciones- hemos ensombrecido por la iluminación con que hemos tratado a otras que por motivos diversos tuvieron la oportunidad”. Con los datos obtenidos en el archivo, sabiendo que lo personal es político, elabora una relación alfabética de las estudiantes indicando junto a sus nombres, fecha de nacimiento, lugar de origen, estudios cursados y, en la medida que le fue posible, aquellos que ayudan a entender mejor tanto sus trayectorias vitales como las estructuras donde se asientan como colectivo.

Es en esta lectura individualizada cuando descubrimos el verdadero alcance de la investigación. Al conocerlas de forma personalizada vamos creando vínculo con cada una de ellas, diría que se produce cierta intimidad, no exenta de reconocimiento y orgullo. Además de solidez y consistencia argumentativa, rigor intelectual y valentía epistemológica, la profesora Pilar Ballarín despliega otras cualidades de excelencia investigadora que favorecen ese tipo de conexión significativa con el conocimiento: autenticidad, honestidad, apertura mental, deseo de saber; también sensibilidad, compromiso y optimismo pedagógico: “Que poco sabemos de los estudiantes, de su vida, de sus ilusiones...Que frío el expediente, que inhumano”.

Era un libro necesario. En la búsqueda de razones y emociones para avalar la necesidad de la lectura de esta obra, por si la información aquí seleccionada no fuera suficiente, acudo nuevamente a las palabras de la profesora Cándida Martínez López: “Era una deuda para con aquellas pioneras que pusieron los

cimientos de uno de los grandes cambios sociales, políticos y culturales de este siglo. Era una deuda con nosotras mismas, la generación de universitarias que pusimos en pie los Estudios de las Mujeres a finales del siglo XX para transformar un conocimiento que nos invisibilizaba y excluía. Y también lo era con las futuras generaciones de universitarias que podrán reconocerse y sentirse parte de una genealogía de mujeres que ha transformado la Universidad”.

Como historiadora de la educación con perspectiva feminista, otorgando relevancia a datos que no suelen ser considerados significativos desde otras orientaciones, Ballarín va evidenciando tanto las relaciones entre conocimiento y poder, como los procesos de emancipación y liberación de las mujeres en el período estudiado. Frente al descrédito, fragmentación y powerpointización del conocimiento, frente a las numerosas palabras frecuentemente huecas presentes en ciertos discursos de la igualdad, esta investigación de Pilar Ballarín es un acto de resistencia, un acicate para seguir avanzando en la historia de la educación en términos de justicia.

Nota: Cuando llegué a la página cuarenta del libro me di cuenta de que llevaba diecisiete de notas, lo que parecía reflejar mi dificultad para abordar este trabajo con el rigor que exige la obra. Lejos de ser una disculpa, pretendo justificar todo lo que copié directamente de la autora “con” y sin comillas. Valga, en mi defensa, que lo hice bajo el convencimiento de que es la opción más inteligente, pues el lenguaje de Pilar Ballarín está lleno de verdad, estimula intelectualmente, provoca y, eso es lo que necesitamos sabía y querida profesora: asombrarnos.

“Las anunciadas ‘bellas señoritas’ que llegaron por primera vez a la

Universidad fueron progresivamente perdiendo el calificativo a medida que cuestionaban el canon patriarcal. En realidad, no hicieron grandes esfuerzos para ello, tan sólo con su presencia y persistencia fue la Universidad la que tuvo que ir cambiando”.